

bio resentimiento, ó de dejar deslizar sobre tus labios una sonrisa irónica, deberías invocar á Jesús y clamar hacia el Señor, salvadme, porque perezco.... El extendería su mano sobre aquel mar atormentado, y la calma se haría sentir bien pronto. ¡Oh mi querida hija! cuando el día de la prueba se levanta para ti, lejos de perder el fruto de tus santas obras, recibe con gratitud las saludables humillaciones; y piensa que mil veces en tu vida las has merecido: al recordar que ellas son otros tantos medios para expiar una multitud de ofensas, que han afeado la hermosura de tu alma á los ojos de Jesús, deberías decirle del fondo de tu corazón lleno de angustias, es bueno, Señor, que me humilléis.

Voz de la hija de María.—Santa Maestra mía, yo seré dócil á vuestras lecciones, á pesar de las dificultades, y á pesar de los obstáculos que mis pasiones opondrán. ¿Pero qué hará vuestra hija, ¡oh mi buena Madre! cuando las alabanzas deslizarán su veneno adulator en su alma?

Voz de María.—Que oponga á sus embeladoras dulzuras los anonadamientos de la santa humildad. Pero estas alabanzas, hija mía,

tú misma las buscas: escucha, yo también en este momento quiero entrar en lo más íntimo de tu corazón..... Ven, no apartes tus miradas, te será ventajoso conocerlo. Dime, querida hija, ¿por qué aquel ansioso deseo de elogio y de estimación? ¿Por qué aquella incessante contemplación de tu mérito? ¿Qué incomprendible ceguedad te representa virtudes que no posees? ¿Persigues sombras fugitivas que miras como realidades, quieres quitar la gloria á tu Dios para hacerla tuya, y no te avergüenzas de este indigno robo? ¿Pero qué es lo que veo aun más vil? ¿Qué una hipócrita humildad te hace rechazar vanas alabanzas con el fin de atraértelas con más seguridad! ¿Bebes con ansiedad el agua corrompida de aquellas cisternas cenagosas, y abandonas el manantial de agua viva, cuya onda pura te haría el retrato fiel de tus miserias! ¡Pobre corazón! has dedicado un altar con el incienso sacrilego. Cesa, cesa al instante, ¡joven seducida! si no el soplo de la cólera de Dios derribará el altar y el sacrificio...!

Voz de la hija de María.—Cúmplase vuestro deseo, ¡oh compasiva Madre! ¡cúmplase! También dignaos, yo os lo ruego, apli-

car un bálsamo sobre las llagas que habéis descubierto. No pretendo disculparme; en presencia de tantas miserias, bajo esta frente altanera que con demasiada frecuencia se atreve á elevarse con orgullo... ¡Lejos de mí estos pensamientos soberbios que la nada no temía formar! ¡Perdón, oh Madre mía! perdón..... y que vuestra misericordiosa severidad impida el retorno de mis debilidades!

Voz de María.—Hija mía, cuando encuentres en ti algo de bueno eleva tu corazón, consiento en ello, pero que sea hacia Jesús. Dale gracias, prométele no emplear mas que para su servicio los beneficios que su amor te prodigó. Sábetelo que de ti misma nada posees. Aun no eras, y tu Padre celestial te formó á su imagen; él adornó esta imagen con los dones de naturaleza y gracia; tu alma estaba lánguida cerca de morir, el abismo se abrió delante de ella...tú le clamabas: "Perdón!" Y este clamor movió su corazón, su gracia santificante vino á infundir á tu alma moribunda, una nueva vida; si algunas tímidas virtudes comenzaron á germinar en la tierra de tu corazón, su palabra fué la semilla, y su gracia las regó. El orgullo con sus horribles

espinas iba á ahogarlas, y he aquí que su paternal vigilancia te preservó de esta desgracia por órgano de tu Madre. Si gracias corporales te han tocado por herencia, que ellas no te envanezcan. Si tienes talento, que no sirva sino para humillarte: se pedirá mucho á aquel que haya recibido mucho. ¡Oh querida hija! la belleza es pasajera, la ciencia engañadora, la prudencia sola lleva á la dicha, y la humildad es su asidua compañera. El incienso arde delante de ti.....;pero no ves que su humo ondeante se eleva hacia el cielo? Así, hija querida, cuando te den alabanzas, ofrécelas bien pronto á Jesús. Esta ofrenda te será agradable!

Voz de la hija de María.—Mi buena Madre, yo conservaré vuestras palabras en mi corazón, haré callar mis pasiones y en silencio meditaré vuestras palabras y lecciones. Me lo habéis dicho, por mí misma nada soy: la nada soy yo. Si me creo alguna cosa más, me elevaré contra mí, y mis iniquidades serán un testimonio verdadero, que no puedo contradecir. Si me glorifico en el Señor, seré glorificada en la eternidad; y si participo de las humillaciones de Jesús, tendré parte en su

corona. Haced que así se cumpla, Madre mía.

Es obediente.

Voz de María.—Hija mía, Jesucristo se hizo obediente hasta la muerte de la Cruz. ¡Oh sublime obediencia! Jesucristo era Dios. Su poderosa voluntad sacó al mundo de la nada; su voluntad creadora dió el sér á estos millares de ángeles que se apresuran á celebrar su gloria con sus himnos; su voluntad benévola dió el sér al hombre, á quien dió la inteligencia, la sabiduría y el amor, formándole á su imagen. El es, cuya voluntad suprema quiso que la voluntad del hombre existiera, que lo solicitó tiernamente, que le rogó como amigo y como Padre que la conformase con la suya, ofreciéndole como premio de su sacrificio en el presente, una paz inefable, y para el porvenir eternas recompensas. El ve la naturaleza vacilante al borde del abismo sin fondo, cavado por el orgullo y la rebelión; y lleno de una inmensa compasión consiente en descender del seno de su gloria; la voluntad del Padre se ha manifestado á El, y como no hace sino una sola voluntad con

el Padre, héle aquí que se anonada... Oculta su divinidad, se hace semejante al hombre, al hombre que, sin la gracia del Altísimo, no tiene por herencia más que la debilidad, la miseria; al hombre que osó oponer su razón rodeada del tinieblas á la suprema razón del Creador. El hombre ha dicho: No obedeceré; y el Cristo: Iré y obedeceré. Y El se hizo semejante al hombre. Tomó un cuerpo sensible y mortal y El pasó por grandes sufrimientos. Un Dios haciéndose hombre por obediencia, un Dios sufriendo por obediencia, derramando á grandes olas y á la faz del universo, esta misma sangre que la obediencia hizo correr en sus venas, ¡qué espectáculo! Hija mía, que tu corazón caiga anonadado y que apoyado sobre la fe, ella admire, que tu corazón ame, que tu inteligencia adore! Jesús muere, el sol se oscurece, las rocas se enternecen, todo se calla ó más bien, todos los ruidos de la naturaleza se confunden en un solo grito, en un solo acento de dolor, de admiración y de amor: «El Cristo, el Hijo del Dios vivo, ha muerto por obediencia!» No se limitaron en eso los prodigios del amor obediente. Jesús había ocultado su di-

vinidad para hacerse semejante al hombre que El amaba: la ley de obediencia y amor es una. El corazón obediente ama y el corazón obedece: aspira en hacerse siempre conforme al objeto amado. He aquí que para confirmar por toda la duración de los siglos los magníficos prodigios de su divina obediencia, el Cristo va más allá; como El había ocultado su divinidad, oculta aún su santa humanidad; y obediente al generoso amor que le urge, permanece presente bajo la figura de un simple alimento; Dios oculto, obedece á la voz de su ministro, como había durante su vida mortal, obedecido á la voz de su Padre celestial, á la voz de la sencilla Virgen de Judá y á la de un pobre artesano. Permanece sumiso en la oscuridad del pesebre de Nazareth y del sepulcro, y allí permanecerá hasta la consumación de los siglos, coronando por el dón de sí mismo todos los dones que á todos prodigó.

Héle aquí, hija mía, este Dios obediente, residente en el humilde santuario que la mano del hombre edificó. Acércate á El pídele que te haga heredera de los méritos incomparables de su santa obediencia, los legados,

por el testamento de su amor á su Santa Iglesia. Ellos son los sagrados tesoros que deben enriquecer á sus pobres hijos, que El ha jurado no dejar huérfanos. Si se los pides El te los concederá, con tal que consientas en unir tu voluntad á la suya.

¿Y quién eres tú para atreverte á resistir á la voluntad de tu Dios?

Hija mía, eres una noble criatura formada á la imagen de Dios y destinada á poseerle eternamente, si le entregas tu alma limpia de pecado; pero por otra parte, no eres sino una vil nada, siempre inclinada hacia las cosas de la tierra, é incapaz sin la gracia de tu Dios, de elevarte hasta una piadosa aspiración á su amor. Has nacido enemiga de Dios. Tú has sido esclava del príncipe de las tinieblas. Reconciliada con tu Autor, no supiste entre tanto conservar tu voluntad libre de los enredos de la vanidad y del orgullo. En seguida tuviste el valor de romper los lazos que te encadenaban á los vanos atractivos del siglo; pero si de ellos has hecho tu propio ídolo, no es sino un sacrificio á medias, es un sacrificio que rechazará. El, un amigo generoso que se mostró tan liberal hacia ti. Es tiempo,

hija mía, es tiempo de hacer un valeroso esfuerzo para unir inviolablemente, para siempre, sin reserva y sin retorno, tu voluntad á la de tu Divino Redentor.

Voz de la hija de María.—Vuestro divino Hijo, Él solo, Madre mía, debía ser ciertamente el dueño de mi voluntad. Reconozco sus derechos sobre mi corazón. Mi corazón es suyo, se lo he jurado. Pero gimo de que con tanta frecuencia mi voluntad se encuentre en oposición con la suya. Mi naturaleza rebelde suspira, sufre y se desola, cuando fiel á la gracia quiero romper sus locos apegos. Comprendo cuán sublime, cuán meritoria es la santa virtud de la obediencia. Virgen santa, quiero adquirirla á pesar de las dificultades que me opondrán mis propias inclinaciones. Para esto, ¡oh dulce María! meditaré la vuestra. Os seguiré en todas las circunstancias en que os visteis, ¡oh Virgen obediente! y después de haber contemplado el heroísmo de vuestra virtud, yo diré: «Madre muy amada, corro hacia vos!»

¡Cómo gusto, Virgen santa, en contemplaros dócil y tímida niña en la casa de vuestros padres! Vuestra sumisión filial era sencilla,

pronta y entera. Ni una acción, ni una palabra, ni un pensamiento en oposición con los deseos de vuestros padres, con las miras de Dios sobre vos. Dulce y amable niña, comprendíais ya que Dios pedía de vos la obediencia más entera; que Él quería el imperio de vuestro corazón. Vuestros padres gozaban sin cuidado de vuestra ternura y de vuestra confiada docilidad. Enternecidos, conmovidos, lágrimas de gusto corrían de sus ojos cuando os veían postrada elevando á Dios vuestro tierno corazón, lanzando hacia el cielo todos vuestros pensamientos tan puros y tan santos, como otros tantos actos de amor, con vuestra postura angelical y vuestra celestial fisonomía virginal, vuestras pequeñas manos extendidas hacia el divino Esposo que vuestro corazón había elegido, y toda esta actitud, en fin, que parecía decir: «yo no soy para la tierra; mi tesoro está en el cielo.» Os llenabais de amor de Dios, de ternura por vuestros padres. El Señor os protegía y su ángel velaba por vos.

He aquí que de repente la inspiración celestial descendié á vuestro corazón. Dios os llama..... Tierna niña, habéis comprendido

su voz y vos no resistis; «Escucha, hija mía, escucha: inclina el oído á mi voz: olvida tu pueblo y la casa de tu padre....» Es la voz suprema: ella ha resonado en vuestra alma y con alegría corréis á encerraros en el templo, y abandonáis las dulzuras de la casa paterna, el amor vigilante de vuestro padre y los dulces besos de vuestra madre. ¡Qué fuerza de ánimo en una edad tan tierna y tan débil! Los ángeles del cielo os acompañaban sin duda cuando vuestros pequeños pasos se dirigieron hacia el templo. Me parece oírlos exclamar en el éxtasis del asombro y admiración: «Esta tierna niña es toda bendita!» ¡Qué bella es la segunda época de vuestra vida, oh buena Virgen! En ella es donde nos dais el ejemplo de las más amables virtudes. Dócil á la voluntad del cielo, vivíais con una humildad de sencillez en vuestro dulce retiro. Vuestras delicias eran entregaros toda entera á las inspiraciones del espíritu de Dios, y de esperar, con una filial sumisión, sin turbación, sin inquietud, lo que el cielo quería de vos. Dios habla.... y vuestra bella inteligencia se le consagra enteramente. Su espíritu ha soplado, y el vuestro le está sometido. Él se ha hecho

sentir á vuestro corazón con todos sus encantos, y uniendo á una sublime obediencia la ofrenda pura y desprendida de vuestros afectos, sin reservar ni uno solo para vos ó para cualquiera criatura, vuestro corazón es todo para Él. A partir del momento en que vos conocisteis la voluntad de vuestro Dios, hallasteis una dulce suavidad en sumergir y abismar para siempre la vuestra en la de vuestro Supremo Bienhechor. ¿Habríais, por todos los tesoros del mundo, consentido en tomar de nuevo su imperio? No, me responden vuestras obras, ¡oh Virgen dócil! no. Víctima voluntaria, había ofrecido en holocausto sobre el altar de mi Dios todas las facultades de mi alma: los días de mi tierna infancia habían visto inmolar mi voluntad al Señor. ¿Hubiera retirado todas estas prendas de mi amor y de mi confianza al generoso y magnífico amigo que me había dado la existencia como el menor de sus beneficios? ¿No era yo demasiado dichosa de poder manifestarle mi gratitud, consagrándole todas las palpitaciones de mi corazón, haciéndole homenaje de todos los actos de esta voluntad que tenía de Él? Vuestro cuerpo, Virgen santa, que el pecado

no manchó nunca, vuestro cuerpo, templo vivo del Espíritu Santo, estaba sumiso á la misma obediencia que reglaba todos los movimientos de vuestro corazón y de vuestra voluntad. Vuestras miradas eran para el cielo, vuestras manos consagradas á los trabajos de la caridad, vuestros pasos conducidos por el espíritu de Dios. Vuestra lengua no conocía más dulces acentos que los que celebraban las grandezas de vuestro Dios.

Vivíais en el templo, Virgen muy amada, observando la ley, estando sumisa á las santas mujeres que con vos habitaban, y esperando con una firme fe la ejecución de los decretos de la Providencia. Suspirabais en pos de la llegada del Mesías, y en vuestro corazón, tan lleno de fe, de amor y de obediencia, reinaba sin duda este humilde pensamiento: «Dichosa seré de obedecer á aquella que el Señor escogió para operar las maravillas de su amor.» Esposa de José, sin menoscabo de vuestra virginidad, más noble á vuestros ojos que los títulos y las coronas, más suave y más querida á vuestro corazón que las dulzuras de la maternidad, recibisteis la visita del ángel: vuestro corazón se turba, pero el mensajero

divino os tranquiliza, os hace conocer la voluntad del Altísimo, os anuncia la dignidad de Madre de Dios, y bien pronto, por el acto de una obediencia perfecta y sublime, considerando por lo tanto la nada de que habíais salido, reconociéndoos indigna de tan alto favor, de vuestro corazón se escapan estas admirables palabras: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra.»

Mas ¡ay! desde este momento, ¡oh Virgen mártir, cuáles no fueron vuestros sufrimientos! Conocíais la ley y los Profetas, sabíais con qué adversidades estaría en lucha el Hijo que llevabais en vuestro seno. El terrible presentimiento de los sufrimientos de vuestro Hijo adorable debía cruelmente traspasar el corazón de la más tierna de las madres, y sin embargo, este corazón estaba lleno de sumisión, y en medio de sus dolores él no reposaba más que sobre la santa obediencia, aceptaba el amargo cáliz, pues la voluntad de Dios le decía: «Sufre estos rigores, á fin de que todo el mundo sepa un día, que la más pura de las vírgenes, que la más noble y la más bella de las criaturas inteligentes, se sujetó enteramente á las órdenes de su Criador.»

Yo os admiro, ¡oh María! pero es poco si no os imito. Es poco seguiros en todas las circunstancias en donde vuestro grande corazón se eleva tan alto, anonadándoos bajo la voluntad de nuestro Dios; es poco, si una noble emulación no arde en mi seno.

No temeré, pues, ¡oh María! no temeré entregarme sin reserva á las miras de mi Dios sobre mí. A vuestro ejemplo yo diré: «He aquí la esclava del Señor, que su voluntad se cumpla en mí...»

Cuando abatiendo la soberbia de la nuestra, llevadas sobre las alas de una santa obediencia nos elevamos hasta el cumplimiento de la voluntad de Dios; cuando conformándonos á la suya perdemos del todo la nuestra; cuando la grande y suprema voluntad es una con la nuestra, ¿quién se atrevería á decir que nosotros nos humillamos? Los cielos verán con un trasporte de alegría las almas valerosas elevarse sobre sí mismas. Que el mundo en su orgullo se arrastre sobre el polvo; que el mundo, que es enemigo declarado del Evangelio, ponga en ridículo una virtud que no puede comprender, porque es perverso y porque no puede ni comprende las cosas de Dios;

pero nosotros honrémonos de nuestra bajeza, y alegrémonos de una humillación que un día brillará más que los astros del firmamento.

Tal era la vuestra, ¡oh María! y ella os elevó al más alto punto de gloria á que la criatura pueda aspirar.

Cuando vuestro Dios os manda someter vuestro corazón á las más cruentas pruebas, estáis siempre resignada, siempre igualmente sumisa á sus voluntades adorables. Obedeciais acogiendo con amor la pobreza, el desprecio de los hombres; obedeciais consintiendo en ver á vuestro Hijo Jesús, el Rey de la gloria, cubierto de las insignias de la miseria, llevando sobre sí todo el peso de la iniquidad humana, agobiado de oprobios desde su pesebre, débil niño aún, y ya hombre, lleno de dolores y amenazado de la lanza cruel. La ingratitud de los hombres, á quién Jesús viene á salvar, os llena de amarguras. Y vos, María, en medio de estas pruebas dolorosas, ¡qué sumisión tan ejemplar! Ni una sola murmuración contra la rigurosa voluntad del Padre celestial viene á marchitar vuestros labios: en vuestro corazón, ni un solo movimiento, ni un pensamiento contrario á la heroica obediencia que ha-

báis jurado á vuestro Dios. Resignación, amor, paciencia, sumisión siempre profunda, siempre entera, adoración de la santa voluntad de Dios, he ahí vuestros sentimientos ¡oh María! he ahí todo vuestro ser. Erais un holocausto que se consumía y vivía siempre sobre el altar de vuestro Dios.

Fiel hasta el último suspiro de vuestra vida, habéis querido permanecer sobre este altar, pues la voluntad de Dios os había señalado en él vuestro lugar, y, dichosa víctima, palpitaís de amor bajo el puñal sagrado.

¡Jesús es inmolado sobre el Gólgota.....
¡Oh María! ¡qué intensos dolores para vuestra alma! ¡qué angustias! ¡cuántas lágrimas interiores se derramaron sobre vuestro corazón y lo inundaron, abismándolo en un océano de amargura! Virgen santa, yo comprendo algo de vuestros sufrimientos; creo que en este momento mi alma experimenta una sombra de esta amarga compasión, que á la vista de los tormentos de Jesús, desgarraba vuestro corazón. Si inmolándoos sobre el leño de la Cruz hubierais podido evitarle un solo dolor, un solo suspiro, con qué apresuramiento, con qué maternal prontitud os hubierais puesto

sobre este altar sagrado! Pero no: el Padre celestial quiso que, testigo del grande sacrificio, inundada con la sangre de vuestro Hijo muy amado, casi expirante bajo el peso de vuestra aficción, os inmolaseis al pie de la Cruz sin perdonar vuestro amor..... El lo quiso: ¿y qué es lo que no tenía derecho de esperar del alma la más grande y la más elevada de todas las que había formado? Obedeciendo, visteis morir á vuestro Hijo y vos no moristeis, porque la voluntad del cielo os mandó vivir. ¡Qué grande era, oh María, vuestra obediencia! Erais Madre, y Madre de un Dios: y en el momento supremo en que Jesús expiraba bajo vuestros ojos, vuestra alma no tenía más que un solo pensamiento: «Padre Santo, que vuestra voluntad adorable se cumpla para siempre en mí..... Mi Hijo sufre un dolor excesivo, heme aquí resignada..... Su sangre me cubre, yo la recibo..... Muere..... heme aquí entre vuestras manos, consiento en ello.....»

«¿Hubo jamás dolor semejante á mi dolor? me preguntáis, ¡oh Madre mía! y yo respondo: ¿Hubo jamás corazón más sumiso que el vuestro?»

El cuerpo de vuestro único Hijo, ¡oh Madre de dolores! está depositado en vuestros brazos. Vuestros brazos maternos lo reciben y lo estrechan sobre ese seno que lo ha llevado. Mil prodigios se suceden á vuestros ojos: veis la resurrección de Jesús, contempláis su triunfante ascensión hacia la santa mansión, se abren las puertas de la patria celestial, vuestro Hijo introduce los santos en la región de la felicidad: y vos, tierna Madre.....se separa de vos, os deja en el valle de las lágrimas.

¡Qué separación, oh María! ¿Cómo pudisteis consentir en ella?... ¿Vuestro hijo podía exigirla de vos?... ¿La obediencia no debía ceder al amor? No, Virgen amable; pero siempre sumisa, supisteis enlazar los derechos de una y de otra, vivisteis para consolar á la Iglesia naciente y en luto por la ida de su divino Esposo, alimentando á los débiles en la fe, con la fuerza de vuestro ejemplo; llenasteis los días de vuestro destierro con el olor de vuestra santidad; animasteis á los santos para el combate. Y como fuisteis sumisa á la divina voluntad que os mandó vivir, así cuando os mandó morir por último acto

de obediencia repetisteis: «He aquí la esclava del Señor...» y exhalasteis vuestra alma en el amor.

Voz de María. — Has comprendido, pues, hija mía, la excelencia de esta bella virtud de obediencia: sabes cuán querida fué para mi corazón. La has seguido en todo el trascurso de mi vida; has visto que cada una de mis acciones fué animada por ella; que conducida por ella, nunca me aparté del sendero que la voluntad adorada me había trazado, y por ella alcancé la victoria prometida por el Espíritu Santo al hombre obediente. Pero no te limites, hija mía, á una estéril admiración. Esfuérzate para ser en esta virtud, como en todas las que deben adornar tu alma, una fiel imitadora de tu Madre. Has descubierto la hermosura de ella; tu alma ha sentido vivamente su importancia; tu corazón palpita de una ardiente emulación al repetir los hechos de mi voluntad anonadada en la voluntad divina; has sabido comprender que no sólo en ella está la humildad, que aquí más bien está la verdadera gloria, la única elevación digna de ser envidiada. Y por lo tanto, hija mía, cuán lejos te ves de esta

grande virtud. Te parece digna de elogios mi sumisión filial; pero tú, hija mía, no eres ni sumisa ni apresurada para ejecutar las voluntades de aquellos que Dios colocó sobre ti y á quienes El confió su autoridad.

Voz de la hija de María.—No, santa Madre mía, yo lo confieso con la amargura de mi corazón, yo no lo soy. Experimento en mi naturaleza un fondo de orgullo que rechaza á lo lejos toda dependencia. Mi miserable corazón se llena de indignación si se ve obligado á sujetar su razón orgullosa á cualquiera autoridad. Mi voluntad se resiste á ejecutar lo que no quiere! Ella se eleva más allá de todo lo que se opone á sus deseos; rompe, derriba todos los obstáculos; y llegando á satisfacerse, habiendo infringido el orden emanado del cielo, en vano le pido la dicha y el reposo... No encuentro ni paz ni gusto. Sobre mi corazón se hacen sentir el remordimiento desgarrador, el disgusto penoso..... Una voz se eleva del fondo de este yo, que ha querido ser obedecido y satisfecho: «Has errado.....» Entonces pienso en las virtudes de mi Madre, en su pronta obediencia; entonces veo que no se desdeñó de

someterse á las criaturas de quienes consideraba la voz como el órgano del Criador. Entonces me lisonjeo de ser en el porvenir de una sumisión entera; digo á Dios en el dolor de mi corazón: «Señor, yo acepto vuestra voluntad en la de aquellos que Vos me habéis dado... Señor, yo anonadaré la soberbia de la mía...» ¡Ay! á penas se presenta á mí el momento de la prueba, cuando la voz de la autoridad se hace oír: «Haz esto...» y mi espíritu se rebela y se atreve á decir: «yo no obedeceré.» Y los frutos de mis resoluciones son la vergüenza y el desaliento. ¡Oh querida Madre mía! estas dificultades son superiores á las fuerzas de mi débil naturaleza: desde el amanecer hasta la noche he hecho ensayos penosos, he sostenido largos trabajos, y nada he recogido de mi pena.

Voz de María.—Hija mía, has olvidado consultar la voz de tu Maestro. «Señor, ¿qué queréis que yo haga?» Eso es lo que debías preguntarle, y El te hubiera respondido: «Marcha al encuentro de las dificultades; mi gracia te sostendrá. Las pruebas son penosas, los senderos pedregosos y sembrados de espinas que desgarran; marcha sin embargo y

no temas, mi gracia te basta; yo te daré la fuerza para vencer á tus enemigos. Llena tu corazón de firmeza contra el mundo, y contra el ángel de las tinieblas, y contra ti misma: implora mi socorro, yo soy la fuerza y la vida.» Yo, hija mía, te digo: «Combate contra tu propia voluntad; la más brillante victoria te está reservada. Osa mostrar á tu enemigo que sabes vencerlo y vencerte á ti misma.» Cuando un corazón valeroso ha combatido á algunos enemigos débiles y poco hábiles, él no se duerme cobardemente sobre sus laureles. Mientras que su mortal enemigo respira, animado de un noble valor, él vuelve al combate. Piensa también, mi querida hija, que tu voluntad propia es tu declarado enemigo, y no le dejes tregua hasta extirparle de tu corazón. Mientras más grandes son las dificultades, más brillante será tu recompensa; allí las frentes que sobre la tierra se habrán humillado bajo el yugo de la obediencia, serán ceñidas con un brillo inmortal.

Voz de la hija de María.—Madre mía, ¡cuánto me animáis! Voy, pues, ayudada de la gracia de mi Dios, á emprender de nuevo mi

obra, y á creer que un generoso desprecio de mi misma es el primer paso que lleva á la gloria.

Voz de María.—Querida hija mía, puede ser que la voz de Dios no te diga: «Hija mía, olvida tu pueblo y la casa de tu padre....» pero no por eso deja de hablar á tu corazón por sus inspiraciones. A penas te apartas un paso del camino, que, Padre tierno y vigilante, El te dice al corazón ó por la voz de aquellos que te dió por guías: «Querida niña, te extravías.....» En adelante, pues, de cualquiera manera que El te enseñe sus voluntades, sé sumisa. Cuando te habla por sus toques secretos, cuando pide para El solo la sensibilidad de tu corazón, que te prohíbe aficionarle locamente á criaturas perecederas, no tengas sino un solo sentimiento, á ejemplo de tu Madre. ¡Obediencia á Dios!

Voz de la hija de María.—Sí, obediencia á Dios, obediencia á mi Madre muy amada. En las dificultades, yo me refugiaré en su seno maternal para sacar fuerza de su ejemplo.

Modelo santo, era preciso que el mundo os viera y os admirase. Era menester que las

vírgenes cristianas os estudiasen, porque sus obras un día serán comparadas con las de su Madre. Preciso era que las madres cristianas aprendiesen de vos á entregar á Dios sin ninguna murmuración los tesoros que turban su existencia... Era necesario que os volviéseis un espectáculo para todos los cristianos, á fin de que en el día de las justicias nadie tuviese derecho de decir: ¿Quién nos ha trazado el camino? Era necesario, en fin, que la sabiduría humana os viera, os contemplase y se detuviese allí. Ella ha visto y no ha podido comprender las maravillas del amor obediente. Ella ha apartado la cabeza con desdén, diciendo: «Esto es locura,» soberbia y ceguedad: tinieblas ha visto en el brillo del día más puro y más luminoso, y ha tomado la oscuridad por la luz. Se ha rodeado de un brillo imaginario: huyendo el escándalo de las humildes virtudes evangélicas, ha alzado la cabeza diciendo: «No soy hecha para obedecer; ¿quién se atrevería á mandarme?»

Por nosotras, Virgen santa, por nosotras que somos vuestras hijas, y que hacemos gloria de reunirnos al rededor del estandarte en el cual vuestra mano ha trazado *Sumisión y*

Obediencia, os prometemos de nuevo una fidelidad inviolable. Elevándoos hacia los cielos, habéis prometido vuestra poderosa protección á los hijos de vuestro amor que combaten sobre la tierra. Habéis prometido cubrirles con el escudo de vuestras virtudes: habéis dejado el perfume vivificante de vuestros santos ejemplos. Haced, ¡oh María! que vuestro amor vigilante y vuestros cuidados maternos no caigan sobre tierras estériles: haced que produzcamos frutos de vida y bendición. María, nosotros somos vuestros hijos: de esta tierra de destierro clamamos hacia vos. Virgen obediente, guiadnos y apartad los pasos de las jóvenes que os invocan, de los escollos del amor propio y de la propia voluntad.

Sé modesta y pura.

Voz de la hija de María.—Madre mía, una bella y tierna virtud brillaba en vos, cuando, joven israelita, permanecíais solitaria en el templo: era la modestia. Me parece veros, Virgen amable, de fisonomía graciosa y celestial: ¿por qué procurabais ocultar vuestra hermosura á los ojos de los hombres? ¡Ah!

dejadnos contemplar estas facciones tan puras y tan delicadas, sobre las cuales parece lucir un rayo de la Divinidad!... ¿Por qué vuestros párpados bajos nos ocultan el admirable candor de vuestras miradas?... Pero ya comprendo: habéis reservado vuestra hermosura para el celestial objeto que sólo ha podido encantaros. Una voz misteriosa ha hablado á vuestro corazón: «Bella eres y llena de encantos, ¡oh hija de Sion! bella como la luna, brillante como el sol.» Miradas de complacencia, bajadas del cielo, se han reposado en vos: Hija del Padre Eterno, el Espíritu Santo ve en vos á su Esposa, y el Hijo ya os ha destinado para ser su Madre. ¡Oh tierna modestia! es ella, Virgen santa, que os ha merecido vuestras sublimes prerrogativas. ¿Esta virtud ha de ser también el adorno de vuestras hijas?

Voz de María.—Hija mía, sin ella yo no podría llevarte con tanta predilección en mi corazón: sin ella mis miradas se apartarían de tí con indignación. Querida hija, yo quiero hallar en tí mi imagen: ¿qué rasgos de semejanza tendría esta imagen, si no estuviera adornada de modestia? Si un exterior pruden-

te y reservado no acompaña la humildad y la pureza de tu corazón, ¡oh hija mía! yo temeré decirte: “Tu virtud es falsa; ella está sin apoyo, sin prueba, y tus acciones desmienten tus palabras. Porque no tienes el valor de hacer un generoso sacrificio, ¡oh alma hasta ahora tan privilegiada! el Señor va á retirarte sus dones; Él te abandonará á tu propia indigencia.”

Voz de la hija de María.—¡Oh Madre mía! ¿cuál es ese sacrificio?

Voz de María.—El de los vanos adornos. Hija mía, una joven adornada de candor, de modestia y de inocencia, es un sér que el cielo envía á la tierra. La corte celestial la protege; á su vista el crimen abate su frente y se ruboriza, y el mundo perverso como está, se inclina delante de la virtud que ella representa. No pongas tu gloria en los adornos frívolos, porque el Espíritu Santo ha fulminado contra las hijas de Sion que idolatraban los vanos adornos. ¿Y tú, hija de la Jerusalem celeste, no serías mil veces más culpable que las hijas de la terrestre Sion, si tu corazón se dejara seducir por este frágil brillo? La modestia, querida hija, es la virtud de tu